

## PARALELOS ENTRE DOS EXPERIENCIAS DE EXILIO: LA DE LOS CUBANOS Y LA DE LOS JUDÍOS EN BABILONIA

por el Dr. Emilio G. Chávez

*¿Qué fue el exilio judío en Babilonia?* El pueblo de Israel se dividió en dos partes tras la muerte del rey Salomón, hijo del rey David, en el año 922 antes de la era común a judíos y cristianos (A.E.C.). Diez tribus fueron a formar el reino del norte, llamado “Israel,” y dos tribus formaron el reino del sur, llamado “Judá.” El reino del norte desapareció en el 722 A.E.C. tras la invasión asiria. El del sur perduró hasta el 587, cuando los caldeos, los líderes del nuevo imperio (neo-)babilonio, arrasaron a Jerusalén, la capital de Judá, y deportaron a todas las clases más altas (incluyendo al rey Sedecías, a quien le sacaron los ojos después de haber matado a sus hijos delante de él) y artesanales al exilio en Babilonia (Segundo Libro de los Reyes 25:1-12). Diez años antes, ya había habido una primera deportación, de la cual también se dice que no dejaron “más que a la gente pobre del país” (Segundo Libro de los Reyes 24:14).

El profeta Jeremías le envió una carta a los exiliados —que por cierto, consideraba ser “los higos buenos,” en contraste con los que se quedaron, “los higos malos,” Jeremías 24:1-10)— amonestándoles a que se acomodaran a su nueva tierra, puesto que estarían en ella bastante tiempo (“70 años”). ‘Construyan casas y habíténlas, cásense y tengan hijos, procuren y oren por el bien de su nueva tierra, porque éste será también el de ustedes’ (Jeremías 29:1-7). De hecho, les fue muy bien a estos exiliados, que constituían la crema de Israel, y que conservaron y desarrollaron enormemente las tradiciones del pueblo de Dios. Es de ellos que recibimos las primeras partes importantes de la Sagrada Escritura, y es a ellos a quien debemos lo que se llama hoy “judaísmo,” pues para sobrevivir como pueblo escogido, para ser diferentes y testigos únicos del Dios uno y verdadero, los “judíos” (de Judá) comenzaron a recalcar signos distintivos propios en medio del paganismo triunfal que les envolvía: la circuncisión, el sábado y la dieta especial (comida *kosher*). Así conservaron y desarrollaron su identidad en fidelidad al Dios verdadero.

El regreso a la Tierra Prometida (cuando lo permitió el nuevo imperio persa en el 538 A.E.C.) no fue ni masivo ni fácil. Los exiliados se habían establecido muy bien en Babilonia, tanto que los maravillosos oráculos del gran profeta anónimo del exilio tardío conocido como el “Segundo Isaías” se han podido considerar como “propaganda de viaje” para animar a los instalados a volver en un nuevo Éxodo que milagrosamente sobrepasaría por mucho al primero de Egipto. De hecho, la comunidad judía florecería en Babilonia por siglos, de modo que el Talmud más completo y autorizado es el babiloniense, del siglo V después de la era común (D.E.C.).

Uno de esos “instalados” era Nehemías, que llegó a ser un alto funcionario real bajo el rey Artajerjes. Cien años después de la “liberación” persa, Nehemías se lamenta que aún está en ruinas su tierra ancestral. A regañadientes, el rey le da permiso a su preciado empleado a que vaya a la Tierra Prometida a reconstruir las murallas y a llevar a cabo importantes reformas socio-religiosas (que también le importaban a la autoridad imperial persa). De hecho, las relaciones entre los que se habían quedado y los regresados no eran nada buenas. Aquéllos no guardaban con ninguna escrupulosidad

todo lo que los judíos vueltos del exilio consideraban de suma importancia para conservar su identidad de pueblo escogido. Se habían mezclado con los paganos y semi-paganos (samaritanos) en matrimonios mixtos. El colega de Nehemías, Esdras, el gran forjador del judaísmo, tratará de forzar el divorcio de “todas las mujeres extranjeras y de los hijos nacidos de ellas” con fuertes penas económicas: a quien no se presentara en un plazo de tres días para separarse de la “gente de la tierra” se le confiscaría toda su propiedad, y él mismo quedaría excomulgado (Esdras 10:1-17). No era la primera vez que el tema del derecho a los inmuebles se disputara entre “permanecidos” y “regresados”: ya el profeta Ezequiel, a principios del exilio, dio su apoyo teológico a este respecto a los deportados. Se enteró que los que se habían quedado le daban este recado a los exiliados: ‘quédense lejos del Señor, porque por eso Él nos ha entregado esta tierra’. Es decir, el haber salido de la Tierra Santa constituía su comiso. Ezequiel declara que mientras han estado fuera de la Tierra de Dios, Dios ha estado con los exiliados (los “higos buenos” de Jeremías), y les dará de nuevo la tierra de Israel, castigando a los otros (Ezequiel 11:14-21).

*Paralelos con el exilio cubano.* No hace falta escudriñar mucho para ver los paralelos entre los dos exilios. El exilio cubano todavía conserva un carácter de élite respecto al pueblo que se ha quedado en Cuba. El comunismo ha tergiversado muchas costumbres y características de la Cuba pre-1959, las cuales se conservan —a veces de modo estático, como se me quejó una vez un italiano acerca de los inmigrados italoamericanos— con gran nostalgia y no poco celo entre los exiliados. Los exiliados a menudo piensan ser los verdaderos portadores de la cubanía, a pesar de llevar más de una generación fuera del país. Según ellos, haría falta volver a Cuba (cuando se pueda) a restaurar los verdaderos valores patrios, un poco (o un mucho) como intentaron hacer Esdras y Nehemías (con no mucho éxito, según nos dicen los estudiosos). Y de hecho comprobamos, leyendo al “Tercer Isaías,” que la comunidad postexílica estaba dividida, y así permanecería por varios siglos, hasta que los sucesores de los fariseos, los rabinos, logran terminar con el gran pluralismo y diversidad que caracterizaba al judaísmo del Segundo Templo (destruido en el 70 D.E.C.) e imponer su versión bastante rígida de lo que era ser un buen judío. Pero antes de que esto ocurriera, la tendencia “abierta” (“universalista”), representada por el Segundo y Tercer Isaías (Isaías 40-66), que pugnaba con la “cerrada,” de Esdras y Nehemías, desembocaría en un movimiento apocalíptico que decía que el tiempo se había cumplido y que el reino de Dios había llegado, y que era necesario llevar esta buena noticia a todas las gentes. El ímpetu para esta nueva secta judía venía de un tal Jesús de Nazaret . . .